

Vol. XXIX—Agosto y Sepbre. de 1934—Ns. 287—288

**REVISTA**  
del  
**COLEGIO MAYOR**

de  
**Nuestra Señora del Rosario**

---

**Publicada bajo la dirección  
de la Consiliatura**

**D. D. J. V. Castro Silva**



*Nova et vetera*

BOGOTÁ—MCMXXXIV

IMP. DE «LA LUZ»—CARRERA 7.<sup>a</sup> NÚM. 14-60

Lisandro Franco B.

## CONTENIDO

### HISTORIA Y LITERATURA :

En busca del bienestar, por <i>Paul Pictet</i> .....	341
La desromanización del derecho, por <i>Alfonso López Michelsen</i> .....	390
Crónica del Colegio, por <i>Alfredo Delgado Plaza</i> .....	399
Un grado en Bogotá a mediados del siglo XIX, por <i>Francisco M. Renjifo Ospina</i> .....	416

# REVISTA

del

## Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Bogotá, Agosto y Septiembre de 1934

*En artículo que salió en LE JOURNAL DE GENÈVE con ocasión del quincuagésimo aniversario de la muerte de Karl Marx, leyó un colombiano que el mejor estudio que se había hecho acerca del marxismo se contenía en el opúsculo intitulado «A LA RECHERCHE DU BIEN-ÊTRE» por Paul Pictet, diputado en Ginebra; en vista de lo cual buscó ejemplar del folleto, y como hallara que tal opúsculo era, en realidad, científico, y que se distinguía por lo imparcial y por lo sencillo, se dio a la tarea de verterlo en castellano con el objeto de difundir aquella luz entre nosotros. Publicamos su traducción, que revisó colaborador de la Revista.*

PAUL PICTET

### EN BUSCA DEL BIENESTAR

(Contestación a un marxista)

«L'abondance matérielle et  
«l'indépendance sont à l'hôte ce  
«qu'un bon terreau, l'air, la lu-  
«mière et la chaleur sont à la  
«plante».

CHARLES NAINÉ,

(*Socialisme Solidariste*, p. 19)

### El éxito feliz de un libro

De los fenómenos más singulares de la edad contemporánea viene a ser la fortuna extraordinaria que ha logrado *El Capital* de Karl Marx (1); obra que apareció en 1867 y a la cual ha de ocurrir uno si quiere com-

(1). Marx (Karl), nacido en Tréveris en 1818 de la familia isrealita de los Mordechai, que había producido todo un linaje no interrumpido de rabinos a contar del siglo XVI, se consa-

prender las ideas que, agitando desde hace un siglo a parte de los hombres, determinan sus esfuerzos hacia organización mejor de la sociedad, pues constituye el evangelio por excelencia del socialismo de ahora: sujeto a divergencias y divisiones superficiales, pero en toda la escala, desde el socialismo legal hasta las convulsiones revolucionarias, o desde las «reivindicaciones» prácticas de los *trades unions* hasta las sangrientas orgías de Moscú, dondequiera y siempre, a pesar de fronteras y de diferencias étnicas y aun de colores, el fondo común se halla en el marxismo.

Y pocos han leído *El Capital*, que no es conocido, en general, sino por extractos y resúmenes. La obra misma es de muy difícil lectura: voluminosa, pesada, repleta de detalles que embarazan, indigesta, resulta verdadero rompecabezas para quien se aventura en leerla:

gró al estudio de la filosofía, de la economía política y de los problemas sociales. Entró en la oposición radical en la misma Tréveris, y dirigió la antigua *Gaceta renana*. Como fuera suprimido este periódico, se refugió en París y publicó allí, en colaboración con Alfred Ruge, los *Anales franco-alemanes* y con Enrique Heine, el periódico *Adelante*. Expulsado de Francia en 1844, se trasladó a Bélgica, donde compuso, en 1847, *La miseria de la filosofía*, respuesta a la *Filosofía de la miseria* de Proudhon. El mismo año redactó con su amigo Engels el manifiesto del partido comunista, donde se consignaron los principios que habrían de inspirar a los socialistas, a saber: el de que el interés de los obreros es en todas partes uno mismo ante los intereses capitalistas y el de que los obreros deben unirse sin distinción de nacionalidades y no contar sino con ellos mismos. Expulsado de Bélgica el 2 de marzo de 1848, volvió a Alemania y dio al público en Colonia, durante algunos meses, con Engels, Lasalle, Wolff y Freiligrath, la *Nueva gaceta renana*; la que también acabó por ser suprimida. Perseguido, Marx huyó a Londres, donde permaneció hasta su muerte, ocurrida en 1883. En 1866 hizo los estatutos de la Internacional, los cuales adoptó el Congreso de Ginebra. Su influjo en la Internacional, preponderante hasta el Congreso de la Haya de 1872, disminuyó desde entonces. Sus partidarios tuvieron un congreso más, el reunido en Ginebra en 1873. Marx sacó a luz además: en 1859, la *Crítica de la economía política*, y en 1867, la principal de sus obras: *El Capital*.

no hay entre tanto ni un momento de seguridad para quien tenga espíritu latino, y mucho menos para el intelectual enseñado al método científico.

La ciencia, con efecto, busca la verdad apartando todo *a priori*; pone empeño en determinar de manera segura la relación entre causas y efectos; recoge, con este fin, hechos ciertos que aísla, circunscribe, analiza y compara, y así, pudiendo llegar a inducir de gran número de observaciones una ley, la induce con extrema reserva; y no cae en la tentación de generalizar, de sintetizar y menos aún de sistematizar a la ligera: cuanto más complejo sea el objeto de sus investigaciones, con más prudencia obra el sabio, y nada es tan complejo como la sociedad humana. La ciencia económica, no ignorando más los defectos de la sociedad que sus excelencias, busca los medios de mejorarla; pero va con pies de plomo, por ser funestas las consecuencias de cualquier error. Por ello, los economistas rehusan con razón a *El Capital* los elogios que le tributan los discípulos de Marx (1), quienes afirman que allí se contiene la comprobación «científica» del socialismo: *El Capital* es obra de combate, no de investigación imparcial y objetiva, donde se ponen los hechos al servicio de la idea y en que dialéctica y argumentación filosófica toman proporciones excesivas, pues el autor no resiste a la inclinación judío-germánica a levantar sistemas aun cuando sea en arena. Después del estallido de la guerra mundial, y ante el asombro que produjeron manifestaciones como la de los 93 intelectuales, numerosos escritores franceses, ingleses e italianos investigaron cuál fuera la causa de la deformación de la mentalidad alemana, y acaba-

(1). Paul Lafargue, yerno de Marx, dice de éste: «El teórico irrefutable del socialismo científico... cuyo descubrimiento de las leyes del movimiento de la sociedad capitalista es comparable con el inmortal que realizaron Keplero y Newton con relación al movimiento de los astros»

ron por concluir que la «ciencia alemana», desde hacía largo tiempo, había dejado los caminos de la «ciencia» (sin adjetivo), por los del poderío, el nacionalismo y la política. En Marx ocurre deserción semejante a la «ciencia socialista».

Los economistas no se han limitado a demostrar que Marx se aparta de las reglas del método científico: siguiéndole paso a paso, han confutado su error fundamental y puesto al desnudo los sofismas en que incide.

Vano empeño: como ya dijimos, el buen éxito de *El Capital* no ha dejado de crecer hasta los últimos tiempos, y los adeptos vienen formando multitud más y más numerosa. En razón de haberse valido de aquella obra en medio de las luchas políticas para la agitación de los ánimos, aun espíritus abiertos y no faltos de sentido crítico han acabado por tener la idea marxista como axioma, y ésta por alucinarlos hasta el punto que puede fijarse con frecuencia el momento preciso en que vino a penetrar en el pensamiento del escritor (1) o del orador, por haber ocasionado inmediatamente desviaciones del razonamiento y desquiciamiento de la lógica. Si a personas cultivadas hace devanear la doctrina marxista, se comprende que las de menos luces la reciban como artículo de fe que no se discute siquiera. ¿Por qué hay obreros que dicen «no querer trabajar para un patrón?» Porque Marx enseñó que el patrón es ladrón del trabajo de otros, por lo cual «hay que hacer vomitar a los ricos», obligarlos a «restituir» a la colectividad lo que le quitaron. El virus marxista produce su efecto.

¿Será de sorprender la desproporción entre el valor y la nombradía de *El Capital*? Descúbrense, mirando las cosas de cerca, dos razones de la última.

(1). En *Socialismo solidarista* de Chales Naine (ediciones Forum) las primeras páginas son conformes a razón. La idea marxista no aparece sino en la parte de abajo de la página 23. Y las 36 últimas se resienten de tal idea de manera tan evidente como desafortunada.

La apariencia científica que Marx dio a su obra y su pretensión de haber cimentado el socialismo en la ciencia, pusieron desde un principio muy en alto sus investigaciones, e hicieron estimar y venerar sus conclusiones a aquellos a quienes *El Capital* estaba destinado. Cuando Moisés, en el monte Sinaí, dio al pueblo judío la ley sagrada, aseveró haberla recibido de Dios mismo. Cuanto menos instruidas sean las multitudes, más necesitan de autoridad moral que las sujete inspirando a su razón confianza. Antiguamente, la religión era esa autoridad; hoy, cuando la religión se ha debilitado, la ciencia viene ocupando su puesto en el respeto místico de las multitudes. Los sabios, sacerdotes que de cerca la contemplan, sí conocen su naturaleza, sus leyes y sus límites, y distinguen los falsos dioses del dios verdadero. Dígase a un sabio: «Está científicamente demostrado que...», y lo verificará; dígase lo mismo a quien no sea un sabio, y bastando la afirmación por regla general, éste se inclinará con devoción (1).

Está el otro motivo del buen éxito de *El Capital* en la existencia real de sufrimientos cuyas causas y alivio pretendió Marx haber encontrado, y que fueron resultado del nacimiento y del desarrollo rápido y flamante de la grande industria, basada en los perfeccionamientos de la mecánica y en la especialización indefinida de la producción. Durante el crecimiento de pocas generaciones vino a efectuarse transformación económica radical que señalaban, por un lado, actividad de crecientes capitales considerables y prosperidad general desconocidas antes, y por otro, la formación de clase

(1). En *La obra de los atletas*, Duhamel pone en escena al falso sabio Rémy Belœuf, quien, con bellas frases filosóficas desprovistas de sentido, se capta la confianza ciega de familia de burgueses, precisamente por ser esas frases incomprensibles para ellos.

nueva, la de los obreros de fábrica, desprendida de las de los artesanos y de los labriegos. En esta fase de la historia económica, designada con el nombre de «período caótico de la grande industria», y que no ha terminado aún, la suerte de los obreros de fábricas y de sus familias fue miserable con frecuencia; y Karl Marx hizo oír a esos infelices el lenguaje de la revuelta y de la esperanza, les mostró el rincón de cielo azul que faltaba en su horizonte sombrío. Poco hacía que la doctrina careciese de fundamento y fuese de inteligencia difícil: el enfermo a quien se lleva remedio con la promesa de que lo aliviará, no pregunta más; porque la fe en el alivio es ya un alivio. Así comenzó el movimiento socialista moderno.

Testifica la historia que al lado de la verdad y aun contra ella, el error ha sido en ocasiones vehículo del progreso: con su manto se cubrieron aspiraciones legítimas, y luego, empujado por las realidades de la vida, el error desapareció, y quedó sólo el progreso. Engañóse Karl Marx; pero las asociaciones de obreros, provocadas por él y que son un bien, existen; la legislación y las costumbres han mejorado la situación de los menos favorecidos; y no está cerrado el camino, que es lo importante: puede ya el error desaparecer. Y es necesario que desaparezca, porque ya no puede impeler a la humanidad sino a dolorosos desvíos que deben evitarse. Basta la experiencia deplorable de la Rusia de los soviets.

#### Premisas erróneas

En las 830 páginas de tipo pequeño de *El Capital*, se tiende a demostrar que el capital es producto de la explotación y se procura exponer las consecuencias inicuas de este vicio fundamental. Después de Proudhon, Marx dice: «La propiedad es el robo!» Todo valor, dice también, proviene únicamente del trabajo, y debe-

ría pertenecer exclusivamente a quienes lo producen, que son los obreros.

Para justificar su tesis, el autor distingue en todo objeto un valor de uso y un valor de cambio. El primero corresponde a necesidad de quien hace uso del objeto (compro un pan para alimentarme); el segundo es la relación que hay entre un objeto y otros porque puede ser cambiado (el panadero compra carne para él con el dinero que es precio de la venta del pan). Estos dos valores no son idénticos. En las sociedades primitivas, cuando cada uno trabaja en producir los objetos necesarios a su existencia, hay pocos cambios, y es el valor de uso el que importa. En la sociedad moderna, el valor de cambio es el que prima en mucho: todo producto se convierte en mercancía.

¿Qué crea el valor de cambio de los productos, al parecer de Marx? El trabajo del obrero, y este trabajo solamente. Las mercancías destinadas al cambio no son sino trabajo cristalizado. La unidad de medida de este trabajo es el día ordinario de trabajo, sea el tiempo generalmente necesario a la obra que se realiza en un día con habilidad e intensidad medianas y en las condiciones normales de la industria en un momento dado.

¿Y cómo se forma el capital, en concepto de Marx? El empresario, poseedor de dinero, compra máquinas, útiles, locales y materias primas; toma en arrendamiento la capacidad de trabajo del obrero; pone en obra su combinación; y después lanza el producto al mercado a precio superior al costo. El dinero, momentáneamente transformado en útiles, en materias primas, en salarios y en mercancías, reaparece en su forma primitiva pero aumentado con la ganancia. Tiene ya hijos.

¡Misterio! El empresario, según Marx, no hace sino cambios (Marx niega al cambio la posibilidad de crear valor); y, sin embargo, aumenta su haber. ¡Hé aquí la explicación!

El trabajo, continúa Marx, vale, como cualquiera otra mercancía, lo que cuesta en tiempo y en esfuerzos para ser producido, esto es, lo necesario en víveres y otros artículos de consumo para la subsistencia del obrero y de sus hijos, destinados a sucederle. El valor de tales artículos se mide, a su vez, por el tiempo que se requiere a producirlos. En definitiva, pues, el empresario debe pagar al obrero la suma equivalente a los gastos de subsistencia del mismo y de los suyos. Y en la remuneración del obrero descubre Marx la gran iniquidad, fuente de todos los males sociales: a producir los artículos necesarios para que un obrero y su familia subsistan, no es preciso que trabaje aquél todo un día, que cinco o seis horas bastan; y el empresario no deja de exigir, sin embargo (1), que el obrero trabaje doce horas al día, y se guarda en el bolsillo el producto de seis horas por sobre el trabajo realmente pagado. Esto es robo, expoliación. Así nace la ganancia, capital nuevo que, invertido inmediatamente en la industria, sirve para nueva rapiña.

Así se expresa Karl Marx, quien incurre, no en un error, sino en varios; como fácilmente se observa.

El primero atañe a la noción de valor: no es exacto que el valor de objeto determinado dependa por entero de la cantidad de trabajo que haya exigido. Vamos, usted y yo, de cacería; mato yo un venado, y usted una liebre:

(1) Charles Naine (*op. cit.*), p. 26: «Ella (la minoría capitalista) los pone (los instrumentos de trabajo) a disposición de los asalariados en condiciones que fija ella misma, y los asalariados han de someterse a esas condiciones a riesgo de morir de hambre».

Albert Naine, diputado al Gran Consejo de Ginebra, en la sesión de 15 de enero de 1921 (memorial, p. 99): «La clase obrera, la de los productores, la de quienes trabajan en realidad, no recibe por su trabajo el equivalente de ese trabajo, y se establece entre ellos y el consumidor de productos manufacturados un intermediario inútil: la ganancia:

el trabajo es el mismo y el valor del resultado muy diferente. Se coge un racimo de bananos con el mismo esfuerzo que requiere tomar una avellana. Encontrar, tallar y vender diamante de gran valor exige menos trabajo que la construcción de casita de menor precio de cambio. El precio del trabajo es de los elementos del valor; pero hay otros: la utilidad, la rareza, la conveniencia particular del comprador, el gusto del público, la moda, las estaciones, etc.; en realidad, la ley de la oferta y la demanda fija el valor en el momento en que vendedor y comprador se entienden acerca del precio. Determina el valor, por lo tanto, la utilidad de la mercancía para quien la consume.

Otro error es no considerar sino el trabajo del obrero manual. En el régimen de la industria moderna y de la especialización indefinida, el obrero nada puede por sí: lo que da valor a su trabajo es la coordinación, por voluntad superior, de ese trabajo con el de los demás obreros. La obra de aquella voluntad es también trabajo, y, sin duda, de mayor intensidad, pues en la dirección de cualquier empresa más obra el cerebro que el músculo; fuera de que hacer primar el músculo sobre el cerebro, es intentar el volver a las sociedades primitivas. Quien da valor al trabajo, quien lo adapta al fin, quien presupone las necesidades por satisfacer, los mercados y los precios, quien busca sin descanso el perfeccionamiento de útiles y empresa, quien ocupa los obreros más hábiles y pone a su servicio a un ingeniero, quien corre los riesgos, quien ha creado la fábrica, sin la cual no habría trabajo para el obrero, es el empresario capitalista. Marx, como se ha dicho, hace del instrumento el creador, y del creador, parásito (1).

(1) Charles Naine (*op. cit.*), pág. 28: «El capitalista es un intermediario entre el trabajador... y el consumidor». Con idéntica razón podría decirse que Joffre y Foch fueron intermediarios entre los soldados de la guerra mundial y la victoria.

Lo de que medio día de trabajo bastaría para el sostenimiento del obrero y de su familia, mueve a sonrisa. ¿Entre quienes son sus propios patrones sucede esto? ¿Entre los artesanos, los labriegos, los comerciantes o los empresarios, o en las profesiones liberales?

Es igualmente contrario a la realidad actual pretender que el obrero industrial esté sometido, sin resistencia posible, a las condiciones del empresario. Entrabado singularmente por las leyes, mantenido por ellas lejos de toda pretensión abusiva, éste no tiene ya enfrente obrero aislado y débil, sino masa organizada; y tampoco está ya en posición ventajosa para debatir sobre salarios y demás condiciones del trabajo. En multitud de industrias, quienes mandan ahora son los obreros.

Ciertamente, la ganancia (esa famosa plusvalía que Karl Marx señala a la vindicta de los asalariados) existe. Es el salario del empresario y del capital de que éste dispone; salario legítimo, necesario y bienhechor. Lejos de ser igual a otro tanto del monto de los salarios, como pretende el autor (seis horas de trabajo sobre doce), resulta relativamente baja (1). La ganancia, con relación al salario de cada obrero, es frecuentemente de cuota mínima de ese salario; pero sumadas esas cuotas mínimos, dan medio de vivir a la fábrica, de prosperar algunas veces; en tanto que alguna elevación de los salarios, aun en muy poco, puede poner en peligro toda la empresa, inclusive el *gana pan* de los obreros. Si no hubiera esperanza de ganancia, no habría empresas ni, por lo mismo, trabajo manual. Hay, pues, solidaridad donde Marx no ve sino antagonismo. Los obreros son los primeros interesados en que la dirección sea perfecta y el capital abundante. Los teóricos y los propagandistas del socialismo no les enseñan la realidad

(1) Por esta razón, los obreros son hostiles, por regla general, al sistema de participación en las ganancias de las empresas.

cuando les hablan sólo de empresas florecientes; ni les señalan jamás la larga serie de las que soportan crisis, vegetan, declinan y sucumben por falta de dirección capaz o por falta de crédito, o simplemente porque las circunstancias exteriores son, en ocasiones, más fuertes que la energía y la inteligencia de los mejor dotados.

### Conclusiones falsas

Sólo a conclusiones falsas pueden conducir premisas erróneas.

Como acabamos de ver, según el profeta socialista, el capital no es producto del ahorro, ni de la inteligencia, sino plusvalía arbitraria que su poseedor ha derivado del trabajo del obrero; y pues el capitalista tiende a sacar todo el partido posible de su posición dominante, dedícase al perfeccionamiento de las máquinas, «el más poderoso medio de guerra del capital contra la clase obrera» (1). El perfeccionamiento de las máquinas, en efecto, disminuye el número de brazos necesarios, por una parte, y trae, por otra, exceso de producción y, junto con éste, crisis, paros de producción y desempleo. Así se forma, se conserva y aumenta «el ejército de reserva industrial», que a discreción al capital procura personal: ejército de proletarios sin esperanza y en situación cada vez más precaria y miserable. A la competencia que se hacen entre sí los obreros, se agrega la que se hacen los capitalistas: disputan las ganancias y hácese guerra a muerte que termina siempre a favor de los gruesos capitales, que se absorben los pequeños. La clase media desaparece, como ha desaparecido la de los artesanos (2), y no quedan en presencia sino pequeño número de ricos, más y más ricos, que viven en la ociosidad y la co-

(1). Palabras de Karl Marx.

(2). Charles Naine (*op. cit.*), p. 23: «A principios del siglo XX, la clase de los artesanos había desaparecido casi por com-

rupción, y la inmensa multitud de los trabajadores, cuya existencia empeora de generación en generación y aun de año en año. El capitalismo engendra el pauperismo, que crece constantemente. Pero gracias a Karl Marx y a la propaganda de sus adeptos, libertadores de la humanidad doliente, la lucha de la clase despojada contra la poseedora, comenzada ya, terminará con la eliminación de la clase poseedora y la instauración del comunismo (1).

Al cabo de los cincuenta y cuatro años que han transcurrido desde que Marx hizo sus crueles y sinies-tras predicciones, los hechos lo desmienten.

En primer lugar, no es verdad que haya empeorado la situación de la clase obrera. Lo sucedido es lo contrario. Atestígualo el mismo Marx en cuanto describe, según informes oficiales, el estado de miseria de los obreros en la Inglaterra de su época, cuando aun hacia los mayores estragos la confusión social causada por el rápido desarrollo del maquinismo. Siente uno, leyendo esas páginas tétricas, como si recorriera las lobregueces del Infierno del Dante: «...niños de menos de diez años, por centenas y millares, en pie quince horas seguidas ante las máquinas; hombres y mujeres que se arrastran, medio desnudos, en las oscuras galerías de las minas; talleres sin aire, infectos; trabajos mortales; sombríos antros de miseria y hambre; cuartos fétidos donde viven amontonadas familias enteras, sin pleto. Estaba reemplazada por dos clases nuevas, la capitlista y la asalariada».

Id., p. 24: «Entre estas dos clases subsisten las medias, que el capitalismo, durante su desarrollo, tiende a eliminar».

Id., p. 27: «Una minoría ociosa derrocha los frutos del trabajo común y se corrompe en el lujo y los placeres».

(1). Marx predecía el paso del capitalismo al comunismo para fines del siglo XIX, después de guerra a muerte con Rusia. Engels, su colaborador, fue más preciso e igualmente perspicaz: eso había de ocurrir en 1898.

distinción de edades ni de sexos; alimentación muy inferior a la de los cuarteles; enfermedades, consunción....; tantos destinos deplorables, en servidumbre sin fin, sin poder juntar nada, sin esperanza, sin rayo de luz; tantas vidas arruinadas, que eran como el horrible reverso de esa Inglaterra tan orgullosa de su lujo y de sus riquezas!

Nadie pretende que el mal haya desaparecido, y queda mucho por hacer; pero nadie se atreverá a poner en duda que ha disminuído. El régimen capitalista no sólo no ha creado el pauperismo, que ha existido siempre, sino que, salvo en período relativamente corto, el de los comienzos de la grande industria, siempre se ha empeñado en reducirlo, y lo ha obtenido. La duración media de la vida, que antes de la guerra mundial (1) aumentada regularmente, es de las señales numerosas del buen resultado de aquellos esfuerzos (2).

En el otro polo, del lado capitalista, la previsión de Marx tampoco se ha cumplido: no es verdad que se haya concentrado la riqueza en cantidad cada vez menor de detentadores. Afirmación de lo contrario, cuando uno se dirige a los menos favorecidos, puede ocasionar poderosa impresión de retórica sombría; pero tiene el defecto de no conformarse con la realidad.

Es verdad que el capital crece; pero también es evidente que se viene distribuyendo entre número más y más considerable de manos. Las sociedades anónimas, que tanto se han desarrollado, tienen por objeto la difusión

(1). Para apreciar las cualidades y los defectos del régimen capitalista, es necesario hacer abstracción de la turbación en que la guerra de 1914 arrojó al mundo, y de la cual no puede salir sino lentamente. Hay que considerarlo tal como era antes de ese horrible accidente causado por la ambición de Alemania.

(2). Ch. Gide estima que ya en el discurso del siglo XIX, el salario real de los obreros, esto es, el que se calcula teniendo en cuenta el encarecimiento de la vida, había aumentado, por término medio, en el 77%.

del capital, difusión a la cual corresponde el desarrollo de los grandes establecimientos de crédito, para no hablar de las cajas de ahorros. La propiedad, lejos de haberse restringido, tiende, por el contrario, a generalizarse. De proletarios a millonarios, la gradación es insensible; entre los dos extremos hay sin número, más y más denso, de situaciones intermedias. Lejos de ser atraídas por el uno o por el otro polo, las clases medias se fortalecen.

Llega economista de gran autoridad, P. Leroy-Beaulieu, a sostener que el verdadero beneficiario del régimen capitalista será, en definitiva, el trabajador manual:

*«El conjunto de fenómenos económicos, dice en su libro sobre «La repartición de las riquezas», sobre todo en el período de la historia que atravesamos, tiende, mediante movimiento gradual, a diseminar más y más la riqueza y a reducir las ventajas, para los poseedores, de la propiedad, del capital, y aun, en cierta medida, de la instrucción.... El problema social, en cuanto es resoluble, se resuelve de suyo, gradual y pacíficamente; hay tendencia al aumento de los salarios y a la disminución de la tasa del interés (que, de 40 a 50 por ciento en Atenas y en Roma, ha descendido gradualmente hasta el 3 o 4 por ciento).... Mayor igualdad de condiciones saldrá por sí sola del libre juego de las leyes económicas. El trabajador manual será el gran beneficiario de nuestra civilización: todas las situaciones, respecto a la suya, bajan, y la suya sube».*

Préstase a dudas esta conclusión atrevida, pues cabe pensar que el trabajo de la inteligencia guardará siempre, sin embargo, cierta superioridad por sobre el del músculo; pero no puede negarse que la evolución económica profetizada por Marx, no se ha producido. Otro error para cargarle en cuenta.

#### **Clasificación inexacta**

En el capital y el trabajo, cuando estudian sus relaciones, los economistas ven dos elementos cuya íntima

unión es necesaria para la producción. Espiritu sistemático y simplificador, formado en la escuela de Hegel y empujado además por sus antecedentes de luchador político, Marx ve ante todo capitalistas y trabajadores, y clasifica a todos los humanos en estas dos categorías. Y como el capital y el trabajo no son colaboradores, sino antagonistas, y el primero roba al segundo, he aquí, en su opinión, al mundo entero arrastrado a lucha a muerte, cuyo término será el anonadamiento de una categoría por la otra.

No es difícil demostrar la falsedad de semejantes concepciones.

Ya notámos que el capital y el trabajo son colaboradores naturales y necesarios, no antagonistas, y que Marx excluye del número de los trabajadores a quienes son coordinadores por lo relativo a la producción, a los trabajadores intelectuales. También dijimos que, desde el menos hasta el más rico, hay serie continua de situaciones intermedias. Sería necesario determinar, pues, en qué cantidad de fortuna hubiera de trazarse la línea de separación entre las dos categorías; y trazada, esta línea dejaría tanto a la arbitrariedad, que sin embargo la clasificación rigurosa de Marx sería siempre inadmisibile. Hay, en efecto, infinidad de seres humanos que son a la vez asalariados y capitalistas, o, capitalistas o no, sus propios patrones, con situación independiente y sin empleados (en los oficios, los artesanos, los artistas, las profesiones liberales, los tenderos, etc.); sin hablar de los que son, por un lado, empleados, y por otro, patrones (si tienen criados, por ejemplo). Y aun existe la clase importantísima de los labriegos: sin duda, si tienen la propiedad del fundo que cultivan, son capitalistas; y, sin embargo, sería demasiado audaz rehusarles la calificación de trabajadores.

Hay mucha más complejidad en la sociedad humana de la que admiten los comunistas; y la misma noción

de «clase», de que abusan, es difícil de circunscribir. ¿Se toma como criterio la clase de ocupación o la situación pecuniaria, el modo de retribución del trabajo o el género de trabajo? Si se considera el modo de retribución del trabajo, el director de gran compañía, por ejemplo, es asalariado por estar en la misma clase del obrero más miserable; y es capitalista el infeliz que vive de corta renta vitalicia, fruto de sus economías, aun cuando su situación pecuniaria sea inferior a la del obrero calificado. Y si se toma en consideración la manera como viven personas que llevan vida semejante, que forman medio social, que se casan entre sí, que son parientes unos de otros, ¿cómo se clasifica la familia en la cual es el padre labriego y son los hijos funcionarios, institutores, comerciantes, empleados u obreros de fábrica? Se podrían multiplicar los ejemplos

Pero Marx habló.

Sus turiferarios se arrojaron en la dirección por él indicada, por lo mismo; y hay que reconocer que han mostrado admirable maestría. Por lo demás, desde la guerra mundial, el método es conocido, por haberlo descubierto, como también descrito, los imperialistas alemanes; quienes desplegaron arte maravilloso para deformar el espíritu de sus conciudadanos y llevarlos al punto a donde querían. Se ha llamado eso «preparación» o «relleno de cráneos». Sucede lo mismo entre los marxistas, cuya doctrina y cuyo método tienen origen en el propio país (1).

La imprecisión de los términos —en la cual Marx ocupa sitio prominente— y el abuso de las palabras, desempeñan respecto a la captación metódica de los espíritus, papel en que hasta hoy, acaso, no se ha parado suficientemente la consideración. Los propagadores del so-

(1), Charles Naine (*op. cit.*) p. 40: «Ha sido tarea inmensa de propaganda y de educación la que comenzó hace más de medio siglo y que aun dura».

cialismo emplean adrede, como equivalentes, vocablos que no lo son, para producir la impresión de que existen, una frente a otra, dos masas sin penetración en punto alguno; y así, denominan a la una indistintamente, *el proletariado, los asalariados, la clase obrera*; y a la otra, *la clase capitalista, la burguesía*.

Ocurre, con todo, que proletario es el que nada posee, salvo hijos, como en la antigua Roma: vive al día, y contribuye a formar, sean cuales fueren su origen y su profesión, la parte indigente de la población (1). Obrero es, según Littré, quien trabaja con las manos en oficio determinado. Asalariado es aquel cuyo trabajo se retribuye en la forma de salario, esto es, en el sentido restringido de la palabra, quien recibe remuneración estipulada de antemano. El asalariado no es siempre obrero ni proletario; el proletario puede no ser obrero ni asalariado. Obrero que trabaja por su propia cuenta y vende el objeto que confecciona, no es asalariado, y si obtiene ganancia, tampoco es proletario.

Si en la clase capitalista comprendemos sólo a quienes viven exclusivamente de lo que producen sus fortunas, contamos apenas pocas personas y familias en ella; y no se puede admitir que la burguesía, a quien los socialistas tienen por ejército temible (cuando, por ejemplo, dicen «los partidos burgueses» para designar a todos los que no son del suyo), sea lo mismo que clase capitalista. Si, a la contra, incluimos en la clase capitalista a todo el que posee capital, aun cuando en parte se mantenga con la remuneración de su trabajo, no hay distinción definida, por haber capitales en todos

(1). Charles Naine (*op. cit.*), habla p. 39, de un «proletariado medio», por oposición al proletariado pobre. Hay, pues, además, a sus ojos, «proletariado rico». Ejemplo muy típico de la deformación del sentido de las palabras. En otra parte (p. 56), el autor dice que la revolución rusa tiene carácter «esencialmente burgués» (!!).

los grados de la escala social, salvo entre los proletarios propiamente dichos.

En cuanto a explicar lo que signifique la palabra «burguesía», no nos entremetemos (1): nada parece tan burgués, como la ocupación y la existencia tranquila de un funcionario, y, sin embargo, se le incluye en la clase obrera. Si todos los asalariados forman parte de ésta igualmente, no vemos que mucho quede para componer la burguesía.

Con todo, la burguesía es la hidra múltiple, temible y cargada de ignominia que precisa matar. El burgués engorda con el sudor del pueblo y vive en la ociosidad, el egoísmo y la estrechez de ideas. Usa, para defender los privilegios de que goza, de habilidad verdaderamente maquiavélica. Hay, entre los burgueses, inteligencia táctica y organización de defensa. Todo les sirve para conservar su dictadura: dinero, poderes públicos, religión, filantropía, ejército y muchas otras cosas (2).

Veamos algo de las malas obras de la sociedad burguesa y opresora. Tal será otro medio de verificar la exactitud de la doctrina marxista.

No nos detengamos ni en la religión ni en las obras filantrópicas: se nos contestaría que, puesto que los burgueses no tienen corazón, toda esta parte de la civilización moderna es manifestación de hipocresía y, más aún, la prueba de esa hipocresía. A esto no habría para qué dar respuesta.

Pero ¿por qué la burguesía, que tiene el poder y ejerce dictadura, instituyó (si que es su obra, porque los

(1). Nos parece que será ésta la mejor definición: «Es burgués quien no es socialista».

(2). Charles Naine (*op. cit.*), 38: «Clase poseedora de los medios de producción, se hace inevitablemente dueño del poder político y de todas las instituciones sociales. Tiene en su poder las fuentes de la vida; por consiguiente, dispensa la vida a quien la sostiene, y a quien la combate, se la rehusa», etc.

socialistas no penetraron en los cuerpos legislativos sino, relativamente, hace poco, y no forman aún sino minoría) el sufragio universal, igual, gratuito y secreto; la garantía constitucional de los derechos individuales— entre los cuales se cuentan el derecho de reunión y el de asociación, la libertad de conciencia, la de palabra, la de prensa, la de industria y la igualdad ante la ley—; la instrucción pública más amplia, particularmente la primaria, obligatoria, gratuita y laica? ¿Por qué, en Suiza, la burguesía conserva ejército de milicias, esto es que a todo ciudadano robusto da instrucción militar y arma que guarda éste? ¿Por qué, no contenta con haber establecido el sufragio universal, que entrega la dirección del país a la clase más numerosa (la clase obrera, según los socialistas), aumenta el influjo de las masas populares por medio del referéndum y de la iniciativa, y abre, por el de la representación proporcional, las puertas de los consejos a quienes persiguen su destrucción? ¿Y cómo, si está imbuida en la idea de mantener sujeta y oprimida a la clase obrera, se deja llevar, en el terreno nacional y en lo internacional, a esa legislación protectora de los obreros que tiende a curar heridas y a levantar cabezas?

Sí. Todo eso ha hecho, y más: o es extraordinariamente inteligente, o la doctrina de Marx, sobre este punto, carece de asiento.

En cambio Lenine...

### Sueño y realidad

El fin de la lucha de la «clase obrera» contra la «burguesía» es arrancarle los instrumentos de trabajo para entregarlos a la colectividad. Por instrumentos de trabajo hay que entender los capitales de producción, la tierra, el capital en general y, en definitiva, toda propiedad. Es su propósito, pues, el establecimiento del comunismo: en la sociedad futura se cambiarán horas de trabajo por horas de trabajo, y no habrá ni patronos

ni comerciantes ni clases. La ganancia, causante sarnosa de todos los males, habrá desaparecido (1).

A la verdad, los escritores socialistas muestran gran reserva cuando tratan de describir la sociedad de sus ensueños y de explicar su funcionamiento. Algunos, como Bebel, han ensayado hacerlo; mas otros, como Liebknecht, se han burlado de la tentativa. Y Marx dejó la exposición sobre el particular para un segundo volumen de *El Capital*, que no apareció (2). Sin embargo, síguese hablando a las multitudes de la edad de oro que se aproxima y durante la cual la felicidad se extenderá por sobre la tierra, donde no habrá sino hermanos, hombres buenos y trabajadores por altruísmo.

Así, pues, los maestros y los jefes del socialismo contemporáneo, han venido echando sobre sí la responsabilidad de conmovier a la sociedad, de destruirla y de producir todos los males que de la lucha se originen, sin haber demostrado claramente que su plan es realizable. Destruir es fácil; pero destruir por destruir, sin estar uno seguro de que ciertamente se pondrá en lugar de lo destruído algo menos malo, y no eventualmente algo menos malo, es jugar de manera criminal con la suerte de la humanidad.

No parecerá demasiado severo este juicio a quien recuerde que el sistema comunista, ensayado en varias ocasiones, ha fracasado ruidosamente.

Durante el siglo XIX, por ejemplo, por inspiración de Saint-Simon, de Fourier, de Cabet y de Robert Owen,

(1). Charles Naine (*op. cit.*), p. 42 y siguientes (capítulo sobre *el colectivismo*). Hasta donde podamos darnos cuenta, «colectivismo» y «comunismo» no difieren casi en el lenguaje socialista. Quizás «colectivismo» es más restringido y mira a la sola apropiación de los instrumentos de trabajo por el Estado, en tanto que «comunismo» significa la supresión absoluta de la propiedad.

(2). Tampoco ediciones póstumas de las obras de Marx contienen la descripción de la sociedad futura.

espíritus generosos fundaron colonias donde se prescindió del derecho de propiedad. Establecieron como se presenta en los Estados Unidos en las condiciones particularmente favorables que ofrecía ese país nuevo. Todas, salvo cinco o seis, a pesar del entusiasmo religioso que a sus miembros animaba, fracasaron completamente después de lucha más o menos prolongada contra el desorden y la miseria.

Discipulos de Fourier formaron en los Estados Unidos unos treinta falansterios, de los cuales el que más duró no pasó de doce años.

En 1825, el inglés Robert Owen consagró enorme fortuna, elevada inteligencia y energía indomable a establecer en Indiana, con el nombre de *New Harmony*, colonia comunista de novecientos miembros. No duró sino dos años:

*En las primeras semanas, escribió algún discípulo de Owen, estuvimos animados de la mejor voluntad. El trabajo llenaba nuestros días. Todos parecían satisfechos de venir sacrificándose por la comunidad. Pronto se formaron nubes en nuestra atmósfera social: es el egoísmo demonio que nadie conjura. Los laboriosos, los hábiles, los fuertes, vieron los frutos de su trabajo consumidos por los indolentes y los incapaces. Obreros cuyo trabajo valía, en la sociedad ordinaria, dos dólares por día, quisieron trabajar sólo la mitad del tiempo durante el cual debían trabajar los que apenas merecían un dólar. Se les recordó en vano que trabajaban en el interés común. La ley del interés individual es ley que no se puede eludir, y antes de que un año hubiera transcurrido, dispersó y llevó al mundo egoísta, del cual habían salido, los miembros de aquella comunidad, reunidos en circunstancias tan benignas y con tanta buena voluntad.*

Cabet, que había trazado en su *Lección* cuadro encantador de la sociedad comunista, tuvo la lealtad y la ingenuidad de querer ejecutar su plan. En 1848 llevó consigo, a América, varios centenares de colonos, que

se empeñaron hasta 1895 en realizar su ideal, en medio de disensiones y miseria, cuando todo prosperaba, en su contorno, conforme al método capitalista.

*Hasta 1855, escribió uno de los icarios, la esperanza nos había sostenido. Habíamos aceptado las privaciones y las fatigas como pruebas pasajeras. Pero después de cinco años de paciencia no habíamos conseguido hacer avanzar la obra común; el porvenir continuaba tan incierto como siempre; y la caja estaba vacía. Las llegadas y las partidas se sucedían sin interrupción, y daban a muestra Icaria el aspecto de hotel pobremente amoblado. Nuestro presidente se limitó a recibir con ardor a los nuevos miembros por cogerles aportes, sin perjuicio de entrar en discusión con los que, a la hora de partir, reclamaban la restitución de lo que habían entregado.*

Marx no ignoró esas tentativas de comunismo, porque en alguna parte hizo mofa de «experiencias hechas en pequeño y, por lo mismo, forzosamente fallidas». Contenían, sin embargo, advertencia muy seria, por hacer resaltar el fondo mismo de la naturaleza humana, que a reformador de la sociedad no es permitido desconocer: mostraban como era inverosímil, puesto que no se habían sustraído a la debilidad humana los miles de hombres que participaran en aquellas experiencias y que eran hombres de fe y de buena voluntad, y, por lo tanto, excepcionales, que millones de hombres ordinarios se sustraieran a ella.

Hoy, por otra parte, la objeción de Marx no subsiste. El comunismo, en efecto, se ha experimentado, y muy en grande; y una vez que se levante el velo con que los súbditos de Lenine (1) tratan todavía de ocultar la

(1) Charles Naine (*op. cit.*), desaprueba la revolución soviética rusa y las revoluciones violentas en general. Cree que el colectivismo será establecido merced a evolución más o menos rápida. Aun admitiendo este punto de vista, no se puede menos de estudiar las consecuencias del establecimiento del colectivismo en Rusia: es necesario saber a dónde conduciría esa pretensa evolución.

realidad, podrán estudiarse de modo científico (en el verdadero sentido de la palabra) su viabilidad y sus beneficios.

Ya se intenta, por el lado socialista, poner en duda el valor experimental del ensayo, tal como desconoció Marx el valor de los que se hicieron e hicieron en su tiempo. Sin embargo, no es posible suponer alguno en condiciones más propicias y en escala más grande: Rusia es país inmenso y con recursos variados y muy importantes; hábita población preparada por largo régimen de opresión para nuevo despotismo; la gran guerra hizo crecer su estado amorfo y plástico; antiguas instituciones mantuvieron en el alma moscovita, llevada a verdadero misticismo social, la esperanza comunista; habiendo girado la clase dirigente, en círculo estrechísimo, en torno del trono absolutista, desapareció una vez derrocado éste; desde esta clase hasta el proletariado (aquí la palabra está en su lugar), no hubo sino capas intermedias muy poco densas, salvo la de los labriegos y la de los judíos; y estos últimos, por las persecuciones de que habían sido víctimas, por su inteligencia fina, por su criterio en materias sociales (el de Marx) y por su odio tradicional al cristianismo, ofrecían a la revolución y a la reforma comunista, con el estado mayor, batallones listos a llevar a cabo la obra.

Como decíamos, desde hace tres años (1), Rusia está, en absoluto, en manos de los comunistas. No hablemos de los horrores y de las abominaciones de que son ellos culpables, sino por dejar sentado, sin detenernos en eso, que el comunismo no engendra necesariamente altruismo y que si, para llegar a establecerlo hay que pasar por semejante barbarie, no es ello muy alentador; y pongamos de lado los medios para no detenernos sino

(1). La aventura comunista de Bela-Kun en Hungría, con los mismos fenómenos económicos de la de Lenine, tiene valor experimental menor por haber sido corta.

en el resultado: la aplicación del sistema comunista en Rusia.

Llegando a este paso debemos refutar de antemano la siguiente objeción: la experiencia no puede ser concluyente, se nos dirá, porque el comunismo integral no se ha introducido en Rusia. Lenine, por asentar su poder, hubo de dar todas las tierras a los labriegos; y así, en lo tocante con éstas, multiplicó la propiedad privada en vez de suprimirla. Es la población rusa, principalmente, agrícola, y los socialistas cuentan la tierra entre los «instrumentos de trabajo».

Responderemos, en primer lugar, que tal revés en el establecimiento del comunismo en Rusia, contiene ya enseñanza: con ser excepcionalmente propicias las condiciones que ofrecía Rusia, el comunismo no pudo establecerse allí sino atrayendo a su causa la parte más numerosa de la población mediante abolición de parte de lo que es el comunismo: consiguióse apoyo en el capitalismo de los labriegos para aplastar, bajo el comunismo, a los demás. Se concluye, pues, que ni aun el terrorismo más implacable y más odioso basta para que el comunismo integral, por la vía de la revolución, se apodere del mundo. Lo cual prueba que por naturaleza es antisocial e inhumano.

Y la excepción agraria rusa no puede falsear la apreciación de los resultados del régimen comunista, en cuanto se trate de apreciarlos. El capital y la producción agrícolas, en efecto, son diferentes del capital-dinero y de la producción industrial. La teoría de la plusvalía de Marx encuentra difícilmente aplicación en el caso del labriego, propietario de fundo en que vive con su familia, pues que si saca más que su mantenimiento, a nadie «roba», aun si tiene algunos obreros que forman parte, más o menos, de su familia. Estamos lejos de la especialización y de las demás necesidades de la grande industria, que crearon el problema social moderno. Luego la producción industrial y la producción

agrícola muy bien conviven bajo regímenes diferentes, uno comunista y otro capitalista, sin que impida el primero al segundo realizar sus efectos; y esto es lo que viene sucediendo en Rusia.

Demostrado como está que la aplicación parcial del comunismo ha traído consecuencias deplorables, cabe concluir que la limitación del campo de experimentación es limitación del desastre.

Tal como es, según las relaciones de testigos fugados de Rusia para evitarlo —relaciones muy numerosas ya y concordantes— resulta pavoroso aquel desastre. La supresión de la propiedad privada llevó a ese pueblo desgraciado a miseria inaudita: no se han sustraído a ella sino los favorecidos con el poder. A la miseria se juntan sus fieles compañeras: la inmoralidad, la corrupción, la criminalidad, la barbarie y la opresión. La vida no es ya sino pesadilla, largo martirio que toda esperanza abandona cada día un poco más.

Lenine ha podido aplicar sus úkases como ha querido, y lo ha hecho. Refugiado detrás de las murallas del Kremlin, protegido por las armas de unos contra el hambre de los demás, gobierna como soberano el timón de navío que va por mar desolado. Ahora intentar volver, con la presión de las bayonetas, a la producción que destruyó al suprimir la ganancia. Habiéndose levantado para luchar contra el nacionalismo, el imperialismo, el militarismo y la opresión de las multitudes, practica todo esto más que sus antecesores, y no se sostiene sino por ese medio. Parece que ni la violencia basta para esto: se ha requerido que abandone aun la lucha contra el capitalismo, y hé ahí que abre las puertas de Rusia, completamente, a las grandes compañías extranjeras....

Hoy sólo puede salvar a Rusia el labriego, hecho capitalista por la gracia de Lenine....

Esta es la moraleja de aquella lúgubre historia: para responder al impulso dado por Karl Marx, dictadura del proletariado, establecimiento del comunismo en medio de olas de sangre, miseria, corrupción..... después, regreso al capitalismo como a única salvación posible. ¡Qué enseñanza!

### Intervencionismo y burocracia

Pero no es preciso, para no apartarse uno del método experimental, buscar hechos en época ya lejana o en la Rusia de los soviets: no hay sino que observar lo que sucede cada día, delante de nuestros ojos, en nuestro país. Y no se requiere que nos detengamos en ello, porque tenemos seguridad de que el lector tiene ya recogida cosecha abundante de observaciones en la materia.

Todos los estados —y Suiza no menos que los otros— vienen practicando amplio colectivismo. Ya el Estado no es sólo el regulador de las relaciones jurídicas entre los hombres, que se limita a dar seguridad y a administrar justicia dejando a cada cual el cuidado de salir de malos pasos; ni es tampoco sólo el *kulturstaat*, el estado propagador de la civilización: ha entrado a velas infladas en el paternalismo, y en todo se mezcla. Los estados, actualmente productores y comerciantes, ya pretenden reglamentar la producción y el cambio de los productos. Habiéndolos obligado necesidades creadas por la guerra mundial a dar pasos gigantescos en la vía del colectivismo, los ciudadanos de los países libres con dificultad los llevarían a reducirse a no desempeñar ahora más funciones que en tiempo normal.

Las funciones de los estados han crecido enormemente, y su ejercicio ha requerido aumento, en proporción mucho mayor, del número de funcionarios: tal es el primer resultado tangible. En Suiza, por cada diez ciudadanos, hay un funcionario federal; y al lado de los

funcionarios federales, funcionarios cantonales y comunales.

Se ha formado, pues, ejército imponente de empleados «colectivizados», y el Estado es buen patrón; por manera que la propia subsistencia de aquéllos está bien afianzada: desempeñan destinos estables; no los despiden sino cuando han cometido faltas graves; no conocen el desempleo ni los excesos de trabajo; están asegurados contra la mayor parte de los riesgos de fuerza mayor; el ascenso es regular; y, al fin de carrera tranquila, gozan de jubilación. Cúmplense, pues, las condiciones en que se hallará el ciudadano de la sociedad futura, según Marx.

Puesto que el interés individual está satisfecho en la medida de lo posible, bien podrían los funcionarios ceder a sentimiento altruista y trabajar con el ardor que señalará, como se nos asegura, el régimen colectivista; mas la práctica demuestra que el rendimiento del trabajo del Estado es siempre inferior y algunas veces muy inferior al del trabajo privado. Por fatalidad —invencible, porque guarda relación con la naturaleza humana—, el Estado se halla condenado a trabajar siempre mal: intervencionismo y burocracia son males que se engendran recíprocamente. De suerte que, cuando para pagar los gastos de la gran administración moderna por el Estado, se retiran de la circulación privada, por medio de impuestos más y más gravosos, capitales enormes que han de alimentar las cajas públicas, la colectividad hace mal negocio, y cada uno de sus miembros soporta cuota de la pérdida en virtud de la ley de la solidaridad.

Y los miembros de la colectividad ven disminuir su libertad en tanto que las covachuelas (1) van haciéndose más hostigadoras y tiránicas. Sucede algo peor: los funcionarios, por haber llegado a ser tan numerosos, se

(1). «Bureaux», reza el original (Nota de la traducción).

han dado cuenta de su poder; y, habiendo constituido fuerzas electorales, gobiernan a los gobiernos que los emplean, pues los representantes del pueblo carecen ante ellos de firmeza; de manera que así en los países más democráticos como en los otros, los funcionarios se vienen convirtiendo en la verdadera clase dirigente. Hanse llevado a cabo revoluciones para entregar a los pueblos mismos el cuidado de sus destinos; el colectivismo, por el contrario, nos conduce a nueva servidumbre: so pretexto de eliminar la «clase capitalista», coloca en el poder la clase de los funcionarios. En semejante régimen, el Estado hará de sí mismo su propio fin: se observan ya síntomas precursores de tal evolución. Y llegando a ser el Estado fin de sí mismo, el individuo, única realidad material y único fin de la civilización, quedará sacrificado.

De otro lado, el estadismo o socialismo de Estado (2), con sus intervenciones, perturba el funcionamiento normal de la producción y de los cambios. Quienes se hallan en plena actividad económica, de la cual son creadores o agentes, tropiezan a cada paso con los errores del Estado y con las trabas que pone a sus actividades. Cuando el Estado reúne en sus manos suma formidable de intereses, como sucedió en todas partes durante la guerra mundial, florecen el desorden, la incoherencia, la corrupción, el derroche, el déficit y la carestía de la vida; grandes fortunas se erigen con rapidez inmoral; la ley de la oferta y la demanda no se cumple; y la especulación se desencadena. Con vigor atacan los socialistas que se realice concentración de capitales enormes en formas de *trusts* y de asociaciones de empresarios, notando que, por los vaivenes a que la producción está sometida, se pasa de la superproducción al desempleo y del desempleo a la superproducción; pero eluden con cuidado la consideración de que tales

(1). *Etatisme*, dice el original (Nota de la traducción).

males no existirían o, por lo menos, se atenuarían mucho, si no fuera por las intervenciones de los gobiernos, y, particularmente, por los monopolios y tarifas aduaneras que establecen y por las restricciones que imponen.

Si todo esto es así por causa del mero embrión actual de colectivismo, ¿se concibe un estado encargado de dirigirlo todo, de realizar el conjunto de las funciones económicas, de asignar a cada cual su tarea, de distribuir retribuciones y consumos por igual, tal como sucedería si el colectivismo fuera integral? ¡Qué formidable burocracia! ¡Y qué servidumbre!

Percatándose del problema, los teóricos del socialismo afirman que la omnipotencia del Estado no será sino fase transitoria: cuando, después de haber concentrado en sus manos todo el poder económico, el Estado haya destruido el régimen capitalista, como las clases estarán fundidas en una sola, ya esa omnipotencia no se requerirá; y el monstruo creado será tan horrible, que desaparecerá tan pronto como haya efectuado su obra; la que hará en un instante.

Mas en esto, a la verdad, se contiene burla. Todo, en efecto, no podrá ir de suyo, y se necesitará organización: llámese colectivista o comunista, sea centralizada o internacional, universal o regional, dictatorial o democrática, política o profesional, exigirá ejército inaudito de funcionarios y burocracia cuyos límites cuesta trabajo concebir. Bajo la clase de los agentes de la colectividad, habrá muchedumbre de simples mortales a quienes se les exigirá que trabajen con energía para producir no teniendo ninguna esperanza de mejora de su situación personal; habrán de hacerlo en provecho de la humanidad, de la cual no es cada uno sino fracción infinitesimal. Esa máquina —tan monstruosa como el Estado que, al morir, la haya dado a luz— no podrá rendir sino insuficientemente; y será, pues, la vida

de todos más destañada de lo que pueda uno imaginar, y la existencia de cada cual, positivamente miserable.

Cuando, según la leyenda, iba Constantino el Grande a la conquista de Bizancio, entrevió una cruz en resplandor celeste, y sintió la voz que le decía: *in hoc signo vinces!* En el cielo marxista, el signo que brilla para guiar las muchedumbres hacia la conquista de la libertad, es... el redondel de cuero para silla de escritorio. Con ignorarse a que tamaño llegue, resulta, como símbolo, grosero; como ideal, diminuto y poco alentador.

### Regreso al buen sentido

No solamente los economistas han confutado la doctrina de Marx: los mismos socialistas lo han hecho. Hanla revisado y restringido en cada uno de sus congresos, y no pocos de sus jefes, como Berntein por el año de 1900, se han dado a la tarea de socavarla por la base. No estando ligados por ortodoxia ni por fe sólida, los socialistas no han dejado de dividirse en matices diversos, en escuelas que se combaten más o menos, en «internacionales» que buscan unidad de acción pero que no la consiguen.

Pero, si el marxismo se ha diluído, subsiste, por lo menos, como tendencia general. Si ha perdido en profundidad, aun en los países donde ha producido explosiones, ha ganado en extensión gracias al empuje de gran propaganda a la germana: viene penetrando, no sólo en los obreros y en los funcionarios, sino también, de manera más o menos franca, en los programas de los partidos no socialistas, en la prensa que apellidan éstos burguesa y hasta en las cátedras universitarias. Así, atrae aun a ciertos intelectuales, y particularmente a los estudiantes, que no conocen la vida social sino por los libros y que, animados por sentimientos humanitarios muy laudables, se dejan impresionar por los artificios revolucionarios.

En cambio, la resistencia crece en aquella parte del pueblo que antes, no poniendo atención en el asunto, mostraba indiferencia. Hablamos de quienes desempeñan papel más activo en varias ramas esenciales de la economía pública: la industria (salvo la en que intervienen obreros), el comercio, la agricultura y los oficios manuales: medios en que se desarrollan la iniciativa individual, la energía, la lucha en que espera cada cual triunfar, el trabajo tesonero y, en una palabra, la vida, con las esperanzas que ofrece a los valientes y a los fuertes. En esos círculos no se sacan las convicciones de los libros ni de los discursos, y la experiencia resulta el gran maestro.

¡Cuántos, por otra parte, habiendo creído en el socialismo al comenzar su carrera, tiempo después, en la edad madura o en la tarde de la vida, modifican su manera de pensar, no porque les falte calor en los corazones, sino porque, mediante la experiencia, perciben mejor la realidad!

Los hechos, desde 1914, han tomado preponderancia que sorprende. Habiendo la guerra mundial multiplicado los sufrimientos, y desarrollándose más el socialismo cuanto más generales son éstos, los revolucionarios lo previeron y expiaron la ocasión de realizar su programa, cual era establecer la «dictadura del proletariado» y destruir la sociedad llamada por ellos capitalista. Estrategas para los cuales todos los medios son buenos, se han presentado: la Alemania imperialista inoculó en Rusia el bacilo bolchevique; a su vez, Rusia viene diseminando en los demás países sus agentes y su oro; en todas partes ha habido tentativas de revolución. Y sin embargo el mundo ha resistido, porque así los hechos acaecidos en los estados muy colectivizados como los resultados obtenidos en aquellos donde se ha establecido el comunismo, le han demostrado la falsedad de la doctrina marxista.

La voluntad de reaccionar contra el marxismo se completa con otra que no se nota menos: la de reformar la sociedad. La humanidad no tiene la intención de ser después de la guerra lo que antes era. Hizo examen de conciencia y revisó la escala de valores en uso hasta entonces. Soplo de justicia viene atravesando el mundo. No por espíritu de regresión, sino mirando al progreso, se juzga y se condena el marxismo.

De un lado, pues, movimiento que persiste, se extiende y se insinúa, en razón de la fuerza que por causa de la organización de propaganda muy hábil y, por lo mismo, artificialmente, ha venido logrando el marxismo; de otro, disminución notable del número de secuaces de la doctrina integral y acrecentamiento de los partidos tibios y de los adversarios. Al propio tiempo hay deseo general de reformas sociales y gran número de pensadores que, buscando lo mejor y no encontrándolo en el marxismo, miran en otras direcciones.

A éstos, Marx los ha hecho apartar de las generalizaciones y de los grandes sistemas. Quieren realidad, y no sólo realidad material, sino también moral y psicológica. Marx vio la situación miserable de los obreros de su época, en Inglaterra especialmente, y toda la máquina económica se construyó en su espíritu sobre aquel ejemplo. Pero dejó de penetrar en lo más profundo y de considerar, entrando en la naturaleza humana, los móviles instintivos que la mueven a obrar, su alma, su nobleza.

### La búsqueda del bienestar

En tanto que la bestia no atiende sino a la satisfacción de sus necesidades corporales, el hombre, animal con sentimientos, quiere más: desea la *felicidad*, la que durante su vida persigue y jamás alcanza por completo. No todos la conciben de la propia manera, pues la felicidad es esencialmente subjetiva, estado de alma;

y así hay hombres que tienen todas las apariencias de ser felices — salud, inteligencia, fortuna, poder, estimación pública — y que son profundamente desgraciados, y otros que son felices sin nada de eso. Ni el Estado ni los reformadores sociales pueden dar a los humanos la felicidad; pero, supuesto que tal aspiración general de los hombres constituye fuerza natural aprovechable, deben tenerla en cuenta para sacar el mejor partido de ella.

Bajemos un escalón y, en vez de hablar de felicidad, hablemos de *bienestar*; vocablo que significa holgura, esto es, situación económica en la cual las necesidades esenciales del hombre, tanto las materiales como las morales, se hallan satisfechas. Buscan el bienestar cuantos no lo poseen, sin que dejen de buscarlo quienes lo tienen, por cuanto el hombre, siempre deseoso de más, nunca se contenta con lo que posee. Constituyendo la búsqueda del bienestar la forma común del perseguimiento de la felicidad, el legislador y el reformador social se hallan, delante del bienestar, en campo despejadísimo que les permite utilizar la fuerza esencial, resorte de la humanidad, de que acabamos de hablar.

Para el legislador, como a mandatario de la colectividad, es de mucho más interés dar vuelo a la búsqueda del bienestar que al perseguimiento de la felicidad; pues imaginando muchos que la felicidad está en la inacción, la ociosidad, la pereza y el menor esfuerzo, y no faltando quien sostenga ser el hombre, por naturaleza, pigro, el buscar el bienestar, a diferencia del perseguir la felicidad, tiene por consecuencia necesaria la actividad, el trabajo en una forma o en otra. El perseguimiento de la felicidad puede ser estéril, socialmente hablando; la búsqueda del bienestar es siempre fecunda.

Ustedes — objetan desdeñosamente los socialistas — toman como punto de partida el egoísmo del individuo, el deseo de ganancia, el espíritu de lucro, la lu-

cha por la existencia o para ponerse por encima del prójimo, la vanidad, la ambición; nosotros queremos el régimen del trabajo en armonía, en que trabaje cada cual para todos y todos para cada cual.

Fácil es contestar, en primer lugar, que Marx, al organizar los obreros y llevarlos al combate, apeló a la aspiración de los hombres al bienestar. La palanca de que se sirvió Marx es la misma nuestra; sólo que la tiró él en el camino, por lo cual en el remate de su doctrina no hay sino hipótesis inverosímil y contra naturaleza, la de los hombres que trabajan lo bastante por altruísmo, y estado general de miseria que no se asemeja al bienestar en nada.

En segundo lugar, para hablar de egoísmo, hay que admitir, con Marx, que la ganancia, en condiciones regulares y normales, es ilegítima. Es lo contrario lo que sostenemos: la ganancia es justa; la falta de ganancia es imposible, y sería injusta. Cuando entro a cualquier almacén y compro el objeto que necesito, salgo satisfecho y también el comerciante queda satisfecho: hanse unido nuestros intereses: el comerciante ha obtenido ganancia (como antes lograron las suyas el comerciante por mayor y el productor) por poner a mi alcance lo que yo necesitaba; hele dejado la retribución de aquel servicio; y, en el transcurso del día, el detallador, después del comerciante por mayor y del productor, habrá prestado y prestará a otros compradores servicios análogos. Esto sucede en toda la economía: la ganancia es el precio de servicio prestado. No hay antagonismo de intereses, sino unión, concordancia y armonía. Las ganancias, normalmente, son proporcionales a los servicios. Quien gana más, quien hace mayor su bienestar, es quien mayores servicios presta, económicamente hablando.

Evidencia bienhechora y rayo de sol recalentador para quienes atravesasen con nosotros por entre las brumas espesas del marxismo.

Sí: el hombre que se levanta en la escala social por su voluntad, su buena conducta, las restricciones que se haya impuesto, su perseverancia, su inteligencia, su inventiva, su espíritu de economía, su prudencia o su audacia, o por el empleo de todas sus facultades, ese hombre es un benefactor: merece su suerte si prospera; y si fracasa, no pudiendo imputársele culpa grave, aclamémoslo, sin embargo, porque fue hombre de pro.

¿Quién podrá decir, por lo demás, que no le importan sino su bienestar y su fortuna? Complácese, con frecuencia, el inventor con el enriquecimiento que, al propio tiempo que ganancia para él, trae su descubrimiento a la humanidad. El director de empresa, cuando ha realizado perfeccionamiento, de orden técnico, por ejemplo, goza con que su producto sea mejor. Aunque los honorarios sean los mismos en todo caso, goza el médico si ha curado al enfermo y el abogado si ha ganado el pleito. El obrero se ufana si, por obra suya, «la marca» del automóvil adquiere nombradía. En toda carrera y en toda situación se halla frecuentemente, junto con la satisfacción que dan la ganancia y el trabajo bien hecho, la de traer la obra utilidad al prójimo, de lo cual es prueba la ganancia.

Y el hombre está solo rara vez. En el mayor número de los casos, tiene familia, y trabaja menos para sí que para sus hijos, pues quiere levantarse y enriquecerse para ellos, a fin de que lleven vida mejor que la que ha soportado él. Siendo la institución de la familia conforme con la naturaleza del hombre, al intentar los socialistas de observancia pura destruirla, dan prueba de miras antihumanas. El amor de los padres a los hijos, como el de los hijos a los padres, no es cosa artificial de que pueda desembarazarse, a virtud de teorías en el aire, ni el reformador social ni el legislador; quienes ahí encuentran uno de aquellos resortes naturales del hombre que han de hacerse funcionar en busca del progreso. Nada tan bello como la ascensión lenta,

por generaciones, gracias a tradición de labor y de buena conducta, de la familia originariamente de condición modesta que asciende a las más altas posiciones; y a la inversa, nada tan justo como el descenso, de escalón en escalón o bruscamente, de la familia que se olvida del trabajo, ley de la solidaridad humana, en la holgura y el lujo.

Pero ¿las fortunas ganadas por procedimientos deshonrosos; por las tretas, la estafa o el engaño; por haber pagado salarios de hambre; por tasas usurarias, sobornos o especulaciones sobre el azar; o por ganancias sin servicios a que correspondan? Hay, sin duda, falta de honradez, como hay accidentes. Asimismo hay mal y hay bien; más ¿debe renunciarse al bien por cuanto hay mal? ¿Y es de pensar que en el régimen comunista, por atado que uno esté, no busque suerte mejor por todos los medios? ¿O que haya más honradez que hoy, establecido ese régimen? La Rusia de los soviets no induce a creerlo. ¿O la falta de honradez es sólo de la «burguesía» en actividad? Por ejemplo, el frangollar (1), que los socialistas miran con extraña indulgencia, es de lo menos honrado que pueda imaginarse.

Además, como los hechos lo comprueban a diario, las fortunas adquiridas lenta, útil y honradamente, son más sólidas que las hechas, ora por procedimientos incorrectos, o ya en condiciones poco normales, por ejemplo a la sombra de estados demasiado colectivizados: lo cual sucede a menudo, particularmente en períodos de guerra. ¿Por qué? No es fácil explicarlo. Parece haber un arte de ser rico y el cual, obedeciendo a las reglas de prudencia y de imperio sobre sí mismo en que consiste el de formar fortuna, se aprende al propio tiempo que éste. Decláranse las resultas de la experiencia con este dicho: «*Bien mal acquis ne profite pas*». (Bien mal adquirido no aprovecha) (2).

(1). «*Sabotage*», dice el original (Nota de la traducción).

(2). «Bienes mal adquiridos, a nadie han enriquecido», reza vivido refrán español (Nota de la traducción).

### La desigualdad

Hace natura desiguales a los hombres.

Hay en ellos cualidades determinantes de superioridad o de inferioridad con respecto a los demás y que atañen al sexo, a la edad, al tamaño, a la fuerza, a la belleza, a la salud, al carácter, a la voluntad y a la inteligencia. Puede obrarse con relación a estas circunstancias, acrecentar o atenuar la importancia que tienen, pero no suprimirlas; por lo cual establecer la igualdad económica de los hombres, no es sino quimera: en el supuesto de que mañana se distribuyeran las riquezas del mundo, por igual, entre todos los hombres, pasado mañana habría ya más ricos y menos ricos, o, más propiamente, menos pobres y más pobres.

La utopía de la nivelación económica obsesiona, sin embargo, a los socialistas. Está en la base del plan comunista; en las fórmulas usuales: «a cada uno según sus necesidades», «a trabajo igual, salario igual»; en la guerra que se hace al «trabajo por piezas» o «a tarea», que pone en juego la superioridad de un obrero sobre otro; en el esquematismo de ciertas «reivindicaciones» y en su rigidez (tarificación de salarios, día de trabajo de duración fija de manera inmutable, etc.); en la lucha contra los sueldos elevados, de donde proviene que se diga, por ejemplo, que el ingeniero municipal, director de los servicios técnicos en la población, no ha de tener sueldo muy superior al del barrendero de las calles, porque no hay buenos ni malos obreros: tendencia a la nivelación por lo bajo, desconocimiento de que los servicios son relativos, negación del valor económico del mérito, esfuerzo en favor de las medianías....

Mal genio, dice el buen sentido. El fin de la sociedad no es el empobrecimiento general. Por el contrario, hay que buscar el mérito donde quiera que se halle, utilizarlo, alentararlo y empujarlo a la acción, para

que la colectividad le saque provecho; y consistiendo la civilización, no en seguir ciegamente a la naturaleza, sino en modificarla en cuanto sea posible, los hombres tienen que adaptar sus leyes a las naturales en cuanto éstas sean más fuertes que las humanas.

¿Cómo se ajusta la sociedad actual a estas reglas? Muy mal. Si bien el sentimiento que perturba el alma popular y la agita no proviene tanto de la desigualdad de las condiciones cuanto de la desigualdad en las posibilidades de alcanzar el bienestar, mientras que unos recorren el camino fácilmente, otros, a causa de las condiciones en que viven, nunca logran andar por él, aun cuando sean más meritorios que los otros. Es innegable, por otra parte, que los obstáculos templan la energía del hombre valeroso: muchos de los que han enriquecido el patrimonio humano, han logrado hacerlo a pesar de tropiezos materiales y mediante desarrollo de sus facultades por causa de la lucha misma. Ocurre, sin embargo, que no todos los hombres son de esa talla y que las trabas sociales ahogan todavía muchas existencias que no dan lo que pudieran dar.

Sería injusto, con todo, imputar al legislador que no se haya preocupado del asunto: la difusión de la instrucción y todas las medidas encaminadas a armar a la juventud para la vida, demuestran que sí lo ha hecho. Tampoco se puede afirmar que las empresas no busquen sujetos capaces, ni que deje de haber, en nuestras democracias modernas, gran número de hombres que, siendo hijos de sus propias obras, han conquistado posiciones importantes. Ni ha de olvidarse que lo tocante al mérito suele ser de apreciación delicada.

La tarea, pues, resulta difícil; mas no por ello hemos de no continuar en ella, sino al contrario.

Que a la sociedad de mañana puedan aplicarse las palabras de Luis XVIII: «Cada soldado lleva en su cartuchera el bastón de mariscal de Francia».

### La producción intensiva

Si empleare, a manera de palanca, la aspiración de cada uno al bienestar, si colocare al mérito en el primer puesto y si tratare de utilizar todas las virtualidades humanas, lo hará la sociedad obedeciendo, no sólo a idea de justicia, sino a necesidad vital de la sociedad misma. Tropezamos con el nudo del problema.

El bienestar, así el general como el individual, y el moral como el material —pues depende uno de otro—, la civilización, íntimamente ligada con ese bienestar, y la existencia misma de la sociedad exigen, dado el estado a que ha llegado ésta, *producción intensiva y creciente*.

Consistiendo el bienestar en relación propicia entre los recursos del individuo y los goces que pueda procurarse con ellos, la gravedad de tal relación crece en razón inversa de aquellos recursos; lo cual es decir, por ejemplo, que si soy simple obrero, mi estado de miseria o de bienestar dependerá de que pueda o no procurarme alimentos, vestido, alojamiento y reserva para lo futuro, en cambio de mi mero trabajo muscular: *cuanto más abundantes sean las cosas que yo haya menester, a menor precio estarán, y así podré, sin hacer más esfuerzo, procurarme más; con que me hallaré menos lejos del bienestar*.

Incrimínase a la industria moderna el causar con su técnica, su división del trabajo y sus capitales, muchas iniquidades. Pero mírese la otra cara de la medalla, y no podrá menos de reconocerse que, merced al aumento y al perfeccionamiento de la producción, el bienestar general ha venido creciendo. Considerada la situación de las clases humildes en época no muy remota, y aun oyendo a los viejos narrar cómo se vivía en su infancia, se sorprende uno de cuánto más amplia o más cómoda se ha hecho la vida, tanto en lo intelectual como en lo material. Y pie atrás no pedemos echar: la

sociedad humana tiene que producir, no otro tanto, sino más y más, porque aumenta la población de la tierra y porque las necesidades de cada cual también aumentan. La humanidad, que bebió en la copa del bienestar, quiere seguir bebiendo más y más, y nunca se le apagará la sed de progreso. Producir, producir mucho y cada vez más para que los productos de continuo se abaraten, esto es, para que estén cada día más al alcance de quienes tengan pocos recursos, tal es lo que manda la ley fundamental que domina el espíritu con rigor absoluto.

Es de preguntar si el mismo resultado (mejora de la situación de los más modestos) no se obtendría elevando los salarios, o, lo que fuera mejor, con las dos operaciones simultáneamente: bajar los precios de la vida y elevar los salarios. Constituyendo los salarios gran parte del costo de los productos (hasta ocho y nueve décimas partes algunas veces, contados los que demandan la extracción y el transporte de las materias primas), elevar los salarios es encarecer los productos; por lo cual, haciéndolo, perderían los obreros la ventaja del aumento de los salarios, y en veces, en el mayor número acaso, su situación empeoraría: bajar los precios y elevar los salarios son cosas contradictorias; y más provechoso para el asalariado es aquello que esto.

Y, sin embargo, en el transcurso de un siglo de industrialismo los salarios han venido subiendo y el precio relativo de los productos ha venido bajando; lo cual se debe a los perfeccionamientos de la técnica y de las máquinas, a la organización de la producción y de los cambios, a las invenciones y al ingenio de los empresarios, estimulado por la ley de la oferta y la demanda y por las condiciones mismas en que se han ellos encontrado. Porque el empresario, por lo común, se halla entre dos eventualidades extremas: fortuna o quiebra;

tiene que jugar lo por venir, su vida y la de los suyos; y ha de salvar escollos al entrar al puerto desarrollando todos los recursos de su ser, a fin de obtener producto remunerador, esto es, que tenga mejor acogida que el de su competidor y que le deje ganancia, y, en todo caso, que puedan comprar aquellos a quienes se ofrezca (1). Producir mucho para contentarse con ganancia muy pequeña en cada producto, es el fin que se esfuerza él por alcanzar. La vida barata es obra suya.

Pero aquí nos aguardan los marxistas: el empresario, empujado a reducir el costo, hace presión con respecto a los salarios, que bajan hasta el punto que el obrero acaba por recibir apenas lo estrictamente necesario para no morir de hambre. La experiencia, repetimos, demuestra que esto no es así, que no lo es ya, por lo menos; pues que los salarios han subido y siguen subiendo, siquiera no se deba ello sino a las asociaciones de obreros y a la legislación acerca del trabajo.

Llégase a equilibrio entre las dos partes contratantes: el empresario no puede reducir los salarios sino hasta determinada tasa; ni los obreros llevar sus pretensiones por encima de cierto límite de alza impuesto por el estado del mercado, porque poniendo ellos al empresario en situación de no hallar remuneración para su inteligencia, su trabajo y su capital, la fábrica no puede continuar, hay que cerrarla y los obreros se quedan sin trabajo. Se puede tener como hecho constante el alza de los salarios con relación al precio de

(1) En el momento en que escribimos (marzo de 1921), hacen estragos la mal llamada «huelga de consumidores» y la crisis intensa de desempleo, consecuencias de la falta de relación del precio de los productos con la capacidad de comprar del público. Los salarios demasiado altos han causado el encarecimiento de los productos; de donde la mala venta, el paro de las industrias y el desempleo.

la vida; sólo que no puede realizarse sino lentamente y en la medida de los descubrimientos de la técnica. Cuando ésta procura economía en la fabricación, gracias a perfeccionamiento mecánico o de otra índole, la ganancia se distribuye entre el productor y el consumidor, y el salario sube al propio tiempo que baja el precio de venta del producto.

No hay que perder, por lo tanto, la esperanza, en cuanto no se relajen los resortes naturales de la actividad humana como lo quería la ceguera de Marx.

### El capital

Cuando, en momentos de estallar la guerra mundial, nos preguntábamos unos a otros cuál sería su duración, la respuesta fue siempre que sería corta, de algunas semanas o de algunos meses, al cabo de los cuales el agotamiento económico detendría a las naciones. La guerra se extendió a todos los continentes, tomó proporciones gigantescas, destruyó cuanto nadie se había imaginado.... y duró cuatro años. Después, terminaba o poco menos aquella pavorosa crisis, la humanidad no quedó aniquilada: sufre, pero vive; entró en conyalecencia.

Si no hubo profecía que se cumpliera, la explicación está en que son muy pocos los que conozcan la inmensidad de las reservas acumuladas en el mundo por el trabajo y el ahorro: vasto depósito subterráneo, inagotable en tiempos de sequía y que vuelve a tomar su nivel cuando caen de nuevo las lluvias: entonces tiende a subir para poder seguir satisfaciendo las necesidades crecientes de la naturaleza y de los hombres.

Si la extensión del capital es hecho moderno, el capital, bien destinado a producir otro capital, ha existido siempre. El primer cazador estaba provisto, por lo menos, de la comida que le dio fuerza para coger la primera pieza, y las armas que se fabricó le aumentaron el capital en mucho. Capital es, dicen los economistas, la parte de los productos acumulados destinada

a la reproducción. En el correr de los siglos, el ingenio de los hombres ha desarrollado sus cualidades haciéndolo fluido y siempre más utilizable, mejor adaptable a su fin, más vivo, más vivificante, más inteligente. Cualquier empresa viable y, por lo mismo, útil, encuentra el capital que necesita; las empresas mal concebidas o irrealizables no lo encuentran, o lo encuentran con dificultad y en condiciones menos alentadoras. Sin el capital, sin su difusión, sin que lo manejaran especialistas prudentes (los banqueros) o sin los mercados donde se cambia (las bolsas), la producción volvería a la edad primitiva, y no sería factible nada que exigiera la creación de todo un conjunto de útiles, primero, y que fuera de rendimiento lejano (como, por ejemplo, la perforación de túnel o la apertura de canal). Y, lo dijimos ya, distribuido en acciones, obligaciones y otros valores, se halla en manos de número creciente de personas. En resolución, el capital es, por esencia, elemento activo; no existe sino en cuanto sirve para crear más capital; y resulta fuente de la vida económica, en la cual no se puede prescindir de él.

Por esto, ni Marx ni sus discípulos piden la supresión del capital. Sólo la propiedad privada es materia de sus ataques: el único tenedor del capital, dicen, debiera ser el Estado, y, más tarde, la sociedad.

El capital es tan activo, tan inteligente, tan vivificante y tan productor, precisamente por llevar detrás de sí millones y millones de hombres que, teniendo interés en ello, se ingenian por darle aquellas cualidades ¿Qué deseos satisfarán, los pocos soberanos dispensadores del bienestar, en el régimen colectivista o comunista? ¿Tendrán cabezas que reemplacen cuantas ahora están en acción? ¿No conocerán jamás ni el favor ni el orgullo ni la sed de dominación ni la pereza ni la incapacidad? Error que cometan acarreará consecuencias horribles. No hablemos de la inevitable burocracia.

¿Sinceramente quiere hacérsenos creer que ganaremos con el cambio? ¿Se puede pensar siquiera que los individuos, hechos como están a buscarse por sí mismos el bienestar, si mañana dejaren ese cuidado a los grandes pontífices, conserven su energía y su ardor en el trabajo? ¿Tendrán motivo para ser provisosores y para economizar cuando la previsión y el ahorro no les aumenten el bienestar?

Porque el capital es hijo del ahorro: ahorrar es gastar uno menos de lo que gana. Los socialistas abominan del esfuerzo por ahorrar, del dominio sobre sí mismo que tamaño esfuerzo requiere: ¿y habrá nada más bello? El sosiego de la vejez basado en el trabajo acumulado, es admirable. ¿O algo más sano para el hombre? El esfuerzo necesario al ahorro no hace relación a goces distintos de aquellos de que puede uno privarse sin inconveniente alguno, y lo más duro es el principio: los primeros diez mil francos; pero el esfuerzo que se requiere para reunirlos y conservarlos no sólo es fructuoso sino que se hace más fructuoso de peldaño en peldaño, pues el ahorro precedente ayuda. No deben quitarse al hombre ni este freno ni aquella satisfacción, que son de esencia social superior, y antes la sociedad nueva —que necesita ser perfeccionada y, más aún, reformada en lo que atañe a esto—, ha de procurar que ahorren quienes, a causa de salarios muy exiguos, de cargas de familia demasiado pesadas, de salud no buena, de aptitudes y medios intelectuales y físicos demasiado débiles, o por otros motivos, no pueden ahorrar: la independencia es de los atributos de la dignidad humana, y poseer, aproximarse a la independencia; de donde la supresión de la propiedad privada sería locura, y hacerla, por el contrario, accesible a todos, necesario.

Como lo hemos visto, el régimen capitalista tiende naturalmente a lograr este resultado. Acrecentar la tendencia y acelerar sus efectos, he ahí el progreso. En

cuanto haya más capital y sea mayor el número de los poseedores de partes de ese capital, habrá en la tierra mayor justicia y mayor felicidad.

Digamos aquí algunas palabras acerca de dos reparos que se hacen a la producción capitalista.

Se le hace, en primer lugar, el de causar excesos de producción que traen por consecuencia el desempleo (1). Ocurre superproducción en determinada rama de la industria cuando los productos de esa industria, en el mercado, son más de los que el público puede absorber; caso en el cual forzosamente se detiene o se suspende la producción hasta que el excedente no sea colocado. En efecto, hay superproducción en ciertos momentos, y es un percance; menor, eso sí, que la insuficiencia de producción, motivo de que la vida encarezca. Dudo so es que se pueda llegar alguna vez a reglamentar la producción de manera que esté siempre, exactamente, al nivel de las necesidades, porque obran ciertos elementos (invenciones, estado de las cosechas, de los cambios, etc.) que no se pueden prever ni menos someter a leyes; y no se ve por qué haya de alcanzarse ese resultado el régimen comunista con centralización excesiva y enorme burocracia, más bien que el capitalista, múltiple, flexible, sutil, avisado y estimulado por la competencia. Las crisis de superproducción causan pérdidas de capital; por lo mismo, el capitalismo buscará el medio de evitarlas. A ello tiende: los industriales de una misma rama llegan a acordar reducción de las horas de trabajo para limitar por este medio la producción, cuando la superproducción se anuncia; y la política de inteligencia permite precaver males tanto al patrón capitalista como a los obreros (reservas para el caso de desempleo, cajas de crisis, etc.).

(1). Charles Naine (*op. cit.*), p. 28 y siguientes. El autor ve en la superproducción el fenómeno esencial del capitalismo, lo que resulta exagerado.

Otro reparo es el de que la producción capitalista conduce a extremada división del trabajo en las fábricas. Los socialistas reconocen que esta especialización suma es necesidad y que, sin ella, la producción dejaría de ser abundante. Pero acontece a menudo que el trabajo del obrero, frente a la máquina, consiste en un soló movimiento que se repite durante el día, con gran cansancio físico y moral para el obrero. El legislador ha puesto remedio al cansancio físico por medio de la limitación del día de trabajo a ocho horas; hemos de considerar el problema del cansancio moral: trátase del problema del tedio. El trabajo del obrero de fábrica tiene poco atractivo, tanto menos que el obrero no se da cuenta del puesto que ocupa en el conjunto del trabajo de la fábrica. Lo estima en más o en menos de lo que vale, y, en todo caso, el obrero se agría. Aceptando lo cual, notamos: desde luego que son el capital y el trabajo colaboradores necesarios, ¿cómo puede lograrse que sean *colaboradores conscientes*? Se requeriría institución que, sin dañar la unidad de dirección, pusiese a los obreros, ignorantes en el particular, al tanto de las condiciones técnicas, financieras y comerciales de cada empresa: estado del mercado del producto, costo a que es menester llegar, necesidad de conseguir capitales y motivos de que se necesite conseguirlos, mercado de capitales, negocios que se presentan, extensión que podría darse a la empresa, perfeccionamientos por introducir, economías de tiempo y de dinero por llevar a cabo, créditos por obtener, condiciones de los que se logren, etc. Informados, luego que hubieran aprendido a comprender, se darían cuenta de la necesidad de la disciplina, la aceptarían gustosos y, en pocas palabras, el trabajo se les haría placentero.

Inteligencia entre patrones y obreros en una misma empresa; entre patrones, en una misma industria. Mucho se habla, en diferentes medios, de organización pro-

fesional; pero tropezamos con escollo que es preciso evitar: esas inteligencias superpuestas no han de llevarse a efecto contra el público; lo cual lleva implícito que, para subir los salarios de los obreros, los patrones no han de acordar eliminación de la competencia ni alza de los precios de los productos. Hecho eso en todas las industrias o en algunas, sobrevendría la vida cara, la producción capitalista perdería su condición esencial y el obrero quedaría sin la ventaja de ganar más, puesto que se encarecerían los objetos necesarios para su propia subsistencia. ¿Cómo, en la organización profesional futura, podrán evitarse peligros semejantes? ¿Introduciendo en los consejos de industria o profesionales, en pie de igualdad, representantes del comprador, del consumidor, del interés general?

Tema vasto y cautivador que no podemos sino señalar en este trabajo, que no tiene pretensiones, y que debe ser corto.

#### La línea de la evolución

Se ha dicho con razón que la abundancia material y la independencia son al hombre lo que a la planta al buen mantillo, el aire, la luz y el calor.

Agregamos: el fin mismo de la civilización es dar al individuo —su objeto único— abundancia material, que hemos llamado bienestar; la cual es condición de su independencia.

Eso a que se aplica el nombre de sociedad capitalista no ha conseguido poner la abundancia al alcance de todos, y aun está muy lejos de conseguirlo; pero si miramos atrás, vemos que ya es mucho el camino recorrido; y si miramos adelante, nos formamos la convicción de que se alcanzará ese fin en cuanto se ponga empeño en ello.

¿Podrá el marxismo (llámese bolcheviquismo, comunismo, colectivismo o estadismo) procurar al hombre abundancia material e independencia? Creemos haber demostrado que pensarlo es pura ilusión, mera utopía.

Echase la humanidad por ese camino, sería renunciar a la producción intensiva, a la vida barata, al juego de las energías personales, al libre desarrollo de las facultades humanas y, por lo mismo, al bienestar y a la independencia; separarse de la línea de la evolución (1) para volver a vida pobre y sombría; y regresar a la esclavitud, que marcó las sociedades primitivas con su sello.

El error de Karl Marx, que tuvo a la vista el estado de servidumbre de los obreros de las fábricas inglesas de su tiempo, consistió en pensar que la supresión de la propiedad privada, particularmente en la forma de capital, sería condición indispensable a la redención de los obreros. La propiedad privada no está suprimida, y la redención de los obreros, que ha venido efectuándose, acabará con la generalización de la riqueza; cuya naturaleza no es opresiva sino redentora. Afirmar, cual Marx y sus secuaces, que puede haber abundancia material e independencia sin derecho de propiedad, es decir un despropósito.

Y tamaño error sí que dificulta la evolución, puesto que estorba, por ocasionar luchas estériles, que se ponga remedio a las perturbaciones pasajeras causadas por la Guerra y que siga el progreso realizándose; por manera que toda persona de sentido común, cualquiera que sea su nacionalidad, debe insistir con tesón en quitar el error marxista del camino de la humanidad. Demasiado tiempo se ha mirado el marxismo con indiferencia o con desprecio, y se le ha dejado penetrar, en su forma derivada de estadismo, en todos los dominios, aun en aquellos donde la acción oficial ha producido y tiene que producir frutos amargos. El error marxista se ha insinuado, así o de otra manera, un poco en todas partes, y obrado, hasta cierto punto, de modo subconsciente. Sepamos y obremos. Y que cada cual elija entre los dos caminos divergentes.

(1). Charles Naine (*op. cit.*), p. 47 y siguientes, pretende que el colectivismo está en la línea de la evolución.

Acabamos de referirnos a la guerra mundial. Permítasenos que al terminar recordemos a nuestros conciudadanos que durante aquella conmoción se nos reveló de repente, con el haberse falseado metódicamente la intelectualidad germana, la obra que adulteración tan extraña venía operando en nuestro propio país, que había estado sujeto a invasión de ideas y de métodos completamente contrarios a su temperamento. Esforzémonos entonces, pasada crisis bienhechora, en volver a ser nosotros mismos. Echando el marxismo allende nuestras fronteras, continuaremos la obra empezada mediante aquel esfuerzo.

Por que a la verdad el marxismo, aun de vuelta de Moscú, mantiene sus raíces en las mismas concepciones originales de la mentalidad que fracasó en las orillas del Marne; que si bien el socialismo data de antigüedad remota, el socialismo nuevo pasó por el cerebro de Max, quien se había formado no en la escuela de Kant sino en la de Hegel, como en ésta se formaron los Treitschke, los Bernhardi y los profetas de la Alemania de 1914. Descúbrense aquí y allá, fuera de un mismo desconocimiento del corazón humano, de necesitar el hombre libertad para desplegar su actividad y de ser indispensable para el funcionamiento de su alma que tenga derecho de adquirir libremente, una misma tendencia a ahogarlo en colectividad esclavizadora; como hay unos mismos métodos de formación y un mismo caporalismo (1) en el imperialismo de antaño y en el socialismo de ogaño. No se advierten de Guillermo II a Lenine sino sombras que van oscureciéndose, pues más han cambiado las palabras que el fondo: el cual sigue siendo el espíritu de dominación: lo asfixiante y mortal.

(1) Tolérese el neologismo, que ni la voz «militarismo» denota claramente la idea ni el vocablo «sargentismo» estaría igualmente bien formado (Nota de la traducción).